

# Presentación

*Pour sortir avec le soleil couchant sur une plage déserte est  
d'embrasser vraiment votre solitude*

JEANNE MOREAU

Jeanne paseaba al atardecer por una solitaria playa del sur de Francia cuando sintió el verdadero abrazo de su soledad.

La directora, guionista y actriz francesa está enterrada en el cementerio de Montmartre, barrio en el que su madre regentó un pequeño restaurante cuando ella era tan solo una niña. 900 kilómetros separan la playa que inspiró estas palabras de las calles donde ayer jugó Moreau y hoy descansa. Como parisina, no era precisamente una «chica de mar».

Tal vez, supo por esto expresar esa sensación común de «solitude» que nos acercan las olas, especialmente en el ocaso del día.

A veces, la distancia nos ayuda a entender. Observando de lejos a alguien que otea el horizonte y terminar viendo el mar a través de sus ojos.

Así, con la lejanía que regala el objetivo de una cámara, Pérez Siquier capturó en los 70 los cuerpos bronceados que concurrían las playas de una España que despertaba. Mujeres en coloridos bañadores, rodeadas de sombrillas y hamacas, envueltas en aromas de nieve y chiringuito.

No son estas las playas que retrata Mari García. Aunque es inevitable establecer algún paralelismo formal con la obra de Siquier. No son arenas de ocio sino de reflexión. Esa frontera

entre tierra y mar donde una se siente solitaria. Quizás al atardecer de un bullicioso día de verano.

Hace pocas décadas, estas mismas costas donde ahora juegan y se esparcen los cuerpos bronceados estaban solo pobladas por marineros y tejedoras de redes. De dedos lacerados y pieles curtidas. Con el tiempo, las costas se han ido domesticando pero el mar sigue salvaje.

La playa, antaño un espacio temido, oscuro y misterioso. Coto reservado solo para las clases más bajas. Una sociedad donde la piel oscurecida era indicio de destajo, pobreza y miseria. No fue hasta el siglo XVIII que se popularizan entre la burguesía, como fuente de vigor y salud, los llamados «remedios marinos».

Hasta entonces, era la costa sitio prohibido, maldito de tempestades y piratas.

Pero no siempre fue así. Lejos había quedado la visión imperial romana de las playas como lugar para el placer y disfrute de los ciudadanos.

Vestigios de esta cultura del ocio a la orilla del mar los encontramos en Bolonia (Cádiz). Su fantástico teatro y sus vistas al Atlas. Este paraje de bosques y dunas tardó muchos siglos en volver a repoblarse con hedonistas visitantes.

El mar, como lugar salvaje, induce al temor y, al mismo tiempo, evoca placeres. Pero puede ser también un paisaje árido donde nuestra ánima se extravía. Igual que una pequeña niña en un enorme desierto.

Todos tenemos nuestra playa de melancolía. En mi caso es Bolonia. Me recuerdo triste, al final de un verano. Pienso en una historia que me regalaron aquel día. Un aldeano me contó

que en invierno, cuando las hordas estivales se desvanecen, las serpientes bajan a las rocas a tomar el sol. Quizás a mirar el mar. Tal vez, también como nosotros, a dejar que las olas se lleven sus recuerdos.

La playa convertida en espacio de soledad, donde la mirada se pierde en un horizonte de memoria. Los pies descalzos en la arena. Las olas y los fantasmas nos sacuden y arrullan al ritmo de una canción lejana. El viento nos trae pedazos de nuestros propios naufragios.

Esta misma brisa le susurra historias a Mari García. Cuentos de mujeres sin rostro pero con almas abiertas.

De Rusia a Brasil, del mar Báltico al Trópico. En el centro difuso de este viaje encontramos la isla de Mari. Rodeada de mares y arenas. Playas habitadas por mujeres con las que nunca ha cruzado una mirada. Aún así, ella ha soñado ser ellas, ha soñado ser otras.

No tener ningún libro como la tía Maquiquí. Limpiar sus sandalias en la orilla como Isabelina. Igual que Antonia, saber hacer reír a la gente. Tener la determinación de Carmen y escapar a las playas de Tánger como hizo Soledad.

Fragmentos de una sola mujer dejando su huella en la arena consciente de que, tal vez, la próxima ola la borrará para siempre.

Luciano Muriel  
Doctor en Creatividad Aplicada

# Introducción

El fotolibro se caracteriza por su condición híbrida de tal suerte que combina narración y fotografía, en su espacio conviven lenguajes diferentes en igualdad de condiciones, es así como se constituye en formato idóneo para la fotografía.

En este sentido, *Insolventes* pertenece a este género, se trata de un fotolibro en el que se integran treinta y una fotografías acompañada cada una de un texto. Como fotolibro posee una narrativa visual que permite contar historias a través de las imágenes.

Es preciso tener en cuenta que es una Serie por cuanto es una colección de imágenes vinculadas por el espacio y por las protagonistas, mujeres que pasean o están en la playa.

Las fotografías se tomaron en la misma playa durante dos veranos. Por su presentación y tamaño tiene un aire de familia con las antiguas postales.

Esta serialización ha sido intervenida dado que se han introducido ciertas variaciones. Las fotografías se realizaron en diferentes horas del día, elegimos las primeras horas de la mañana y las últimas horas de la tarde.

Las personas fotografiadas son mujeres que pertenecen a diferentes generaciones, tiene en común una disposición al ensimismamiento.

## Textos y relación con las imágenes

Etimológicamente insolvente significa persona que no resuelve o no soluciona, calificación negativa que será el denominador común alrededor del que giran las historias que en forma de fragmento o narración breve aparecen a pie de foto.

Los textos han sido escritos por la artista excepto siete que pertenecen a otros autores.

Señala Roland Barthes en su obra «La cámara lúcida» que la fotografía repite mecánicamente lo que nunca podrá repetirse existencialmente, para Barthes es una huella de la realidad pero, ¿cual es el grado de certeza que una fotografía puede mostrar cuando se acompaña de un texto que es pura ficción?.

Textos e imágenes de la obra navegan entre realidad y ficción, los pequeños relatos no se corresponden con las mujeres de las fotografías excepto dos imágenes de la misma mujer en las que los textos relatan desde puntos de vista diferentes fragmentos de su vida, asimismo no es ficción el texto dedicado a la tía Maquíqui, maestra oral y contadora de historias.

Mary Shelly escritora del siglo XIX, autora de la conocida novela Frankenstein, recoge dentro de sus diarios, «el diario del duelo» del que se ha seleccionado un fragmento que acompaña la fotografía de una joven ensimismada y ausente en la orilla del mar.

Susan Sontag escribió el libro «Sobre la fotografía» dedicándole a la fotógrafa Diane Arbus un capítulo, de este libro se ha tomado un fragmento con la imagen de una fotógrafa.

Además se han incluido cuatro personajes femeninos que ocuparon un lugar secundario en la historia: Inessa Armand, la psicoanalista Sabina Spielrein, de la que se han realizado varias películas sobre su vida, Fanny Kaplan y Caridad del Río, mujeres que tienen en común el momento que les tocó vivir dentro del contexto histórico de la revolución rusa.

El resto de las historias son pura ficción así como las playas que se citan: la muchacha que no sabe afrontar la realidad, las mujeres alemanas que formaron parte de un programa vacacional, la mujer que huyó a Tánger, la chica que trabaja en un circo, la joven que en un error de medida suprimió su identidad, la muchacha que duerme con la boca abierta, todas pertenecen a un espacio en el que la verdad o la mentira de lo que se cuenta tiene un papel secundario. Importa la playa y el modo que tienen los cuerpos de habitarla, importan las voces que no callan moviéndose entre la realidad y los recuerdos inventados.